

PABLO NERUDA

SALVATORE QUASIMODO

TODA LA TIERRA DE ITALIA guarda las voces de sus antiguos poetas en sus purísimas entrañas. Al pisar el suelo de las campiñas, cruzar los parques donde el agua centellea, atravesar las arenas de su pequeño océano azul, me pareció ir pisando diamantinas sustancias, cristalería secreta: todo el fulgor que guardaron los siglos. Italia dio forma, sonido, gracia y arrebató a la poesía de Europa, la sacó de su primera forma informe cuando iba vestida con sayal y armadura. La luz de Italia transformó las harapientas vestiduras de los juglares y la ferretería de las Canciones de Gesta en un río caudaloso de cincelados diamantes.

Para nuestros ojos de poetas recién llegados a la cultura, aquí donde las Antologías comienzan con los poetas del año 1880, a más tardar, nos asombra ver en las Antologías italianas la fecha de 1230 y tantos, o 1310 ó 1450, y entre estas fechas, los tercetos deslumbrantes, el apasionado atavío,* la profundidad y la pedrería de los Alighieri, Cavalcanti, Ariosto, Tasso, Poliziano.

Estos nombres y estos hombres prestaron luz florentina a nuestro dulce y poderoso Garcilaso de la Vega, al benigno Boscán, enseñaron a Góngora y tiñeron con un dardo de sombra la melancolía de Quevedo, moldearon los sonetos de William Shakespeare de Inglaterra y encendieron las esencias de Francia, levantando las rosas de Ronsard y Du Bellay.

Así pues, nacer en las tierras de Italia para un poeta es difícil empresa, empresa estrellada que significa asumir un firmamento de resplandecientes herencias.

Conozco desde hace años a Salvatore Quasímodo, y puedo decir que, per-

* Palabras *ceremoniales* en el homenaje al poeta italiano, con motivo de habersele otorgado el Premio Nobel

de Literatura, en la Biblioteca Nacional, el 27 de noviembre de 1959.

sonalmente, representa esa conciencia que a nosotros nos parecería fantasmagórica por su pesado y ardiente cargamento.

Quasímodo es, en primer término, un europeo que dispone, a ciencia cierta, del conocimiento, del equilibrio y de todas las armas de la inteligencia. Sin embargo, su posición de italiano central, de protagonista actual de un intermitente pero inagotable clasicismo, no lo ha convertido en un guerrero preso adentro de su fortaleza. Quasímodo es un hombre universal por excelencia, que no divide el mundo belicosamente en Occidente y Oriente, sino que considera como absoluto deber contemporáneo borrar las fronteras de la cultura y establecer, como dones indivisibles la poesía, la verdad, la libertad, la paz y la alegría.

Poco podría decir de la obra de mi eminente compañero. Me faltan los estudios del crítico y las herramientas del análisis, de la comparación y de la definición. Debo decir, sin embargo, que esta poesía vespéral contiene una lúcida sombra y una crepitante melancolía. Ni una ni otra condición significan la noche total o la dolorosa agonía. En Quasímodo se unen los colores y los sonidos de un mundo melancólicamente sereno y su tristeza no significa la derrotada inseguridad de Leopardi sino que el recogimiento germinal de la tierra en la tarde, cuando perfumes, voces, colores y campanas protegen el trabajo de las más profundas semillas. Amo el lenguaje recogido de este gran poeta, su clasicismo y su romanticismo y sobre todo admiro en él su propia impregnación en la continuidad de la belleza, así como su poder de transformarlo todo en un lenguaje de verdadera y conmovedora poesía.

He bautizado estas palabras como *ceremoniales*, porque el habersele otorgado una alta distinción, nos hace reunirnos en torno a su ausencia, leer ante él que no nos escucha estas palabras en su homenaje y encender en su honor una nueva lámpara de amistad que ilumine su noble poesía y su carácter arrogante y valiente. A la luz de esa lámpara leerán sus versos los hombres de todos los pueblos.

Por encima del mar y de la distancia levanto una fragante corona, hecha con hojas de la Araucanía y la dejo volando en el aire de esta sala. Que se la lleve el viento y la vida y la deje caer sobre la frente de Salvatore Quasímodo. No es la corona de laurel que tantas veces vimos en los retratos de Francisco Petrarca. Es una corona de nuestros bosques inexplorados, de hojas que no tienen nombre todavía, empapadas por el rocío de las auroras australes.

Es el símbolo de nuestra admiración, de nuestra estimación, de nuestro regocijo, porque una vez más sale de Italia el resplandor universal y el canto interminable de su antigua, nueva, pura, alta, fresca y serena poesía.